

excluye la consagración, todavía lo sigue siendo. En *Agua que no has de beber*²² encontramos el único poema de Cisneros donde aparece Vallejo, pero mediatizado ya por un tejido de referencias (cartas personales, declaraciones de quienes lo conocieron, el acta bautismal firmada por el párroco) que anuncia la virtuosa técnica cisneriana:

EN DEFENSA DE CESAR VALLEJO Y LOS POETAS JOVENES

En la santa iglesia parroquial de Santiago de Chuco,
a los diez y nueve días del mes de Mayo de mil ochocientos
noventidós.

Yo el cura compañero bauticé, exorcisé,
puse óleo y crisma según el orden de Nuestra Santa Madre
Iglesia

a un niño de sexo masculino, de dos meses
a quien nombré César Abraham.

César Vallejo, un hombre a quien le faltaba un tornillo.

Hijo legítimo de Francisco de P. Vallejo

y de María de Santos Mendoza

naturales y vecinos de ésta.

Señor C.A.V.

Trujillo.

Cementerio de Montrouge:

Nos envía usted un soneto titulado *El poeta a su amada*,

hasta el momento de tirar al canasto su mamarracho

no tenemos otra idea

sino la de deshonor de la colectividad trujillana.

Clemente Palma,

el cura compañero.

«Después

hacia la playa de la Magdalena

en auto

y a 75 de velocidad.

Allá a la derecha, La Punta muestra sus luces.

Y a la izquierda,

Chorrillos brillante y lejano».

En Lima conocí al poeta César A. Vallejo,

puse óleo y crisma según el orden de Nuestra Santa Madre

Iglesia,

y hasta escribí algunas palabras en su elogio:

Vallejo es un poeta.

Bebía Valdelomar un cocktail de moda

en el Palais Concert,

de pronto se le acercó un amigo

para presentarle

a cierto

joven

notable

poeta,

hizo al recién llegado las atenciones que fue menester,

tendiéndole la mano le dijo:

Ahora ya puede decir en Trujillo que ha estrechado usted la mano

de Abraham Valdelomar.

Yo

²² Agua que no has de beber, Ed. Carlos Milla Batres/Barral, Barcelona, 1971.

bauticé, exorcisé a un niño de sexo masculino
 a quien nombré César Abraham,
 a quien le faltaba un tornillo,
 pedantería,
 mayor solemnidad,
 retórica,
 las mentiras y las convenciones
 de los hombres que nos preceden.

«El libro ha nacido en el mayor vacío.

Soy responsable de él.

Asumo toda la responsabilidad de su estética».

Y es un genio,

un adefesio,

una gaita,

una ocarina,

un acordeón.

«Hoy más que nunca,

siento gravitar en mí, una hasta ahora desconocida obligación
 de hombre y de artista.

La de ser libre».

Desconcertó a la crítica oficial.

Se dice poeta,

es un poeta,

es un gran poeta,

en primera línea,

sus poemas lo harán más grande que Rubén Darío,

es como cuando usted se echa un chicle a la boca.

La crítica oficial.

«La de ser libre.

Si no he de ser libre hoy no lo seré jamás».

Es un novicio casi, pero en él

se apunta una preciosa promesa.

Cierto

joven

notable

poeta

trujillano

mereció una ovación.

Versos sonoros

de fibras

polícromos

y de un lirismo rotundo,

llenos de talento

de fervor lírico

y de un lirismo rotundo.

Este positivo valor de la literatura nacional que,

como aquí,

ha sabido triunfar en la babilónica Ciudad Luz.

¡Grandes sorpresas!

Por nuestra parte:

Simpatía.

Y simpatía.²³

²³ Cisneros, Antonio, op. cit., pp. 13-16. (A modo de pórtico y explicación, dice: «No hay frase de este poema que me pertenezca. Simplemente he ordenado, según mis sospechas, algunas cosas de Coyné, Montguio, Clemente Palma, el acta de bautismo, Espejo Asturrizaga. Lo que va entre comillas son fragmentos de cartas de Vallejo.»)

En 1972, Cisneros publica *Como higuera en un campo de golf*, libro que por muchas razones se emparenta con *Poemas Humanos* de Vallejo y *Habitación en Roma* de Eielson: el acercamiento a una Europa que es origen de su cultura pero de la que se siente desarraigado, la consecuente soledad, las expectativas, la lejanía de la patria y la supervivencia económica son sentimientos similares, aunque afrontados de manera distinta por los poetas, dueños los tres de sus propios recursos expresivos. Se nos antoja por ello que la lectura de Vallejo por Cisneros pudo tener idéntica función que la de tomarse un buen pisco peruano o consumir un ceviche auténtico en medio de una inmensa nostalgia por el terruño. No otra cosa significan los versos de Vallejo que Cisneros toma prestados para presidir su libro:

Fue domingo en las claras orejas de mi burro,
de mi burro peruano en el Perú (perdonen la tristeza).
Mas hoy ya son las doce en mi experiencia personal,
de una sola burrada, clavada en pleno pecho,
de una sola hecatombe, clavada en pleno pecho.

Vallejo y los poetas del setenta: entre el desconocimiento y el respeto

En los años setenta, años de la experiencia nacionalista del general Velasco, Vallejo vuelve a producir desconcierto en los poetas jóvenes. En el incendiario (y hoy tan lastimosamente caduco) manifiesto del grupo *Hora Zero* denominado «Palabras Urgentes»,²⁴ se lee una lista de pedestales derribados con torpe insolencia por aquellos que a toda costa pretendieron ocuparlos: nada había en la tradición poética peruana que fuera digno de rescatarse o servir de referencia. De ese modo cortaron a cuchillo un pasado inmediato, asumiendo el inicio de lo que ellos consideraban «la verdadera poesía peruana»:

La poesía en el Perú después de Vallejo sólo ha sido un hábil remedo de otras literaturas. Sin embargo es necesario decir que en muchos casos los viejos poetas acompañaron la danza de los monigotes ocasionales, escribiendo literatura de toda laya para el consumo de una espantosa clientela de cretinos.

Sólo tres nombres les merecen respeto: Edgardo Tello (muerto en acción guerrillera), Javier Heraud («un creador auténtico detenido por la violencia irracional del sistema») y, claro, César Vallejo. Las pocas líneas dedicadas a Vallejo apenas lo rozan, pero son un pretexto para criticar a los poetas sociales:

La mal denominada poesía social fue practicada hasta la fatiga por una ruma de insustanciales histéricos, perdidos en gritos inconsecuentes, y negada por sus formas de vida, influenciados por Blas de Otero, Rafael Alberti y los poetas de la guerra civil española, influenciados a su vez por César Vallejo. Se produce aquí la vuelta a América del poeta de *Poemas Humanos*, mal digerido, mal imitado a través de esa masa de irresponsables.

Es cierto que muchísimos poetas, con el pretexto del compromiso político, creyeron «escribir poesía» calcando hasta la saciedad la superestructura lingüística vallejana, pero

²⁴ Reproducido en *Estos Trece*, pp. 131-134.

esa generalización no es aplicable (como lo hemos visto anteriormente) a los autores más representativos de dicha tendencia, como Romualdo, Rose o el mismo Valcárcel. Es necesario acotar que la admiración que los integrantes del grupo *Hora Zero* sintieron por Vallejo se debía fundamentalmente a su ejemplo de entrega a la lucha y a su compromiso, a su militancia política y a su modelo de vida singular; allí donde Jorge Pimentel declara: «Creo que Vallejo es un gran poeta a nivel latinoamericano y mundial. Creo que en los próximos años su figura va a seguir creciendo como la de un extraordinario poeta y hombre», su compañero José Cerna hace lo propio: «(A Vallejo) lo tomo como un poeta que dedicó su vida a la poesía y a la lucha. Más que nada, veo eso en él, porque desconozco prácticamente su obra».²⁵ Los comentarios huelgan.

Nada hay en la retórica promocionada por el grupo *Hora Zero* que nos haga recordar en algo al poeta de Santiago; se asiste, más bien, a la apertura de una norma coloquial-urbana que resulta útil para magnificar al emisor poemático (casi siempre el poeta mismo) como víctima de la hostilidad y la incomprensión del medio. Quizá la simpatía por Vallejo se explique por rasgos extra-poéticos como pueden ser un origen provincial no común y la no aceptación por parte de ciertos círculos de sus obras.²⁶

Es obvio que se presencia por esos años una recomposición del mapa poético peruano, pero es injusto centrar en *Hora Zero* las características, las preferencias y los gustos de los poetas de entonces: muchos de los supuestos «cadáveres» para otros son referentes válidos, como son los casos de Martín Adán («Se me pasaba decir que Martín Adán se conserva aún como el mejor poeta joven. ¡Y es un anciano reaccionario!», responde en una encuesta José Rosas Ribeyro)²⁷ y Jorge Eduardo Eielson («si me pusiera a escoger entre Vallejo y otros poetas, me parecerían más importantes Jorge Eduardo Eielson o Martín Adán», responde Enrique Verástegui).²⁸ De otro lado, en los años setenta se asiste también al desarrollo de otras vertientes poéticas como son, verbigracia, la que desarrollaron los del grupo *Estación Reunida* de la universidad de San Marcos, los que rodearon la revista *Creación y Crítica* (que continuaron una tendencia lírica a contracorriente del lenguaje y de la moda de entonces), los que se reclamaban herederos de cierto experimentalismo concretista y los invalorable independientes: Abelardo Sánchez León, José Watanabe, Luis La Hoz y el mismo Verástegui, a quien no le interesaba Vallejo por la sencilla razón de que no es, como dice Mirko Lauer, una categoría necesaria en su obra.

²⁵ Ver nota 1.

²⁶ No aceptación que en Vallejo tuvo caracteres dramáticamente distintos: *Hora Zero* contó con el apoyo y la publicidad del periodismo, que contribuyó a crear curiosidad y hasta simpatía por quienes se autoproclamaban «los nuevos poetas».

²⁷ En Oiga, Lima, 13 de febrero de 1970. Reproducido en *Estos Trece*, pp. 173-174.

²⁸ Ver nota 1. Reproducimos un fragmento de la entrevista:

César Lévano: ¿Qué opinas de la poesía del Perú después de Vallejo?

Verástegui: Creo que esa poesía adquiere una gran trascendencia. Podría darte nombres para mí muy importantes, incluso chocando con el manifiesto de *Hora Zero*. Me interesan muchísimo Oquendo de Amat, Westphalen, Eielson, Juan Gonzalo Rose, Pablo Guevara y Antonio Cisneros.

Coda con un poema

César Vallejo ha muerto, le pegaban
 todos sin que él les haga nada;
 le daban duro con un palo y duro
 también con una sogá...

César Vallejo

No deja de ser tentador hacer una lectura arbitraria de los versos arriba citados aplicándolos a la historia de la poesía peruana post-vallejiana. Historia de deslumbramientos y negaciones, de olvidos y marcadísimas presencias, de hijos generosos y nietos blasfemos. No quiero terminar el presente trabajo proponiendo conclusiones (¿en verdad las hay?), prefiero reproducir el poema de un contemporáneo suyo, el poeta Enrique Peña Barrenechea, a quien le asiste el coraje de la vergüenza y el reconocimiento hacia un Vallejo que nunca dejaremos de admirar:

A CESAR VALLEJO

Qué vergüenza me da
 —para decirlo con tu voz—
 mi muerte.

Mi muerte que es mi vida
 a su manera
 sin tu silencio de metal
 y nieve.

Qué vergüenza me da
 iluminar la casa,
 mirarme en los espejos
 o colocar la impura rosa de mis cabellos
 en la almohada del lecho
 cuando pienso en tu casa,
 tu soledad
 y tu sueño.

¡Qué ejemplo el de tu vida
 sin «sí señor»
 sin «sírvas»
 sin «ruégole»!

Qué tristeza me dan
 los marroneros
 que tú adorabas, aquí en París,
 al que volvías siempre,
 golondrina de sangre sin alero.

Hoy he visto a Georgette
 en esta tarde
 que me ha angustiado tu recuerdo.
 Hoy he vuelto a leer
 y qué vergüenza tengo
 de los fingidos astros
 de mi cielo,
 de mi pasaje de ida y vuelta,
 y de mi soledad con falsos ecos.

Todo me hiere el corazón: la noche,
el adiós de Georgette,
aquellos niños que vi en la rue Picot,
mis pasos por el puente,
que es casi caminar por tu silencio.²⁹

... «casi caminar por tu silencio»... ¿y qué otra cosa no hemos dejado de hacer?

Eduardo Chirinos



Trujillo. Calle Independencia. En esta calle estuvo el Colegio Nacional San Juan, en donde Vallejo trabajó como profesor (Foto de Ana María Gazzolo)

²⁹ Peña Barrenechea, Enrique, *Obra Poética*, Librería Editorial Juan Mejía Baca, Lima, 1977, pp. 250-251.